

APUNTES

— 28 —

1º DE JULIO DE 1936

La Sencillez de los Grandes Hombres

Por Channing Pollock

Extracto de "Revista Rotaria"  
Chicago, Ill, Marzo de 1936.  
De la bella conocidísima revis-  
ta mexicana "Síntesis".

No hay anécdota que recuerde con más gusto que la de aquel recluta que, en su primer día de cuartel, barria afanoso las callecillas del campamento, cuando acertó a pasar cerca de él un individuo que también llevaba uniforme militar. "Oiga, amigo —le gritó el recluta—, déme la lumbre, por favor". El transeunte se detuvo y ayudó al soldado a encender su cigarrillo. Cuando se hubo alejado, otro soldado, que allí junto presenciaba la escena descrita, se acercó al recluta y le dijo, "¡Por vida de...! ¿Sabes quién es ése? ¡Es el general en jefe!"

Lleno de pánico, el recluta corrió hasta alcanzar al general, para tratar de disculparse. "Señor —tartamudeó — hoy es mi primer día de soldado y a mí

todos los uniformes me parecen iguales. Ojalá que usted no..."

Sonrió el general y, dándole palmadas en el hombro, le dijo: "No tengas cuidado, hijo; pero óye este consejo: cuidate de hacer semejante cosa con un subteniente".

Me gusta esta anécdota porque la mayoría de las dificultades con que he tropezado en mi vida, han sido al tratar con "subtenientes".

Me ha tocado en suerte poder tratar a un número considerable de grandes hombres y de hombres muy próximos a merecer tal calificativo, y he podido comprobar que, sin excepción, su sencillez está en relación directa con su grandeza. En cambio, los insignificantes siempre se han mostrado presuntuosos, impertinentes y tanto más celosos de sus prerrogativas cuanto más escasa era su estatura intelectual.

Por experiencia sé que cuando tropiezo con alguna dificultad en mis modestas operaciones comerciales, la única forma de lograr que atiendan mis quejas, consiste en elevarlas al jefe de la empresa. Durante el verano pasado, tuve una dificultad con el representante local de la General Electric. Mis gestiones en aquella oficina resultaban inútiles y decidí dirigirme a la de Nueva York. Mi carta quedó sin respuesta; escribí otra, al jefe del departamento de que dependía directamente el asunto al cual se concretaba mi queja. Los resultados fueron igualmente negativos. Entonces, por mera diversión y como experimento, resolví escribir a Owen D. Young, Presidente de la compañía y eminente

te financiero. A la mañana siguiente recibí su respuesta: una de las cartas más corteses que me han dirigido. No tardaron en llegarme otras cartas de sus subordinados y mi reclamación fue atendida rápida y eficazmente.

Alguien definía la gravedad como "una actitud que el cuerpo asume para esconder los defectos del alma". Esta definición, por supuesto, nada tiene que ver con la natural circunspección. Alude sólo a la forzada gravedad a que se recurre, como biombo, para ocultar algo. Recuerdo que en mi carrera teatral, una vez, al principiar un ensayo, un tramoyista que me conocía desde hacía mucho tiempo, me dirigió la palabra llamándome familiarmente "Channing". Un amigo mío, que lo oyó, me decía después: "No sé cómo permite usted que un mozo lo trate con tal familiaridad".

"Es que estoy seguro de mí", le respondí. Sólo el que teme que se le descubra algo que desea ocultar, necesita mantener la distancia entre él y sus subordinados.

La modestia, como es natural, no está reñida con una confianza bien fundada en uno mismo, o con la consciencia clara de la propia capacidad. En mi juventud fuí agente de publicidad de Lillian Russell, la famosa actriz norteamericana. La oí una vez aludir a su propia belleza y seguramente hubo en mi rostro un gesto de extrañeza, porque ella, sonriente, retiró la mirada del espejo y me dijo: "Talvez usted juzga presuntuosas mis palabras. Está equivocado. Después de elogiarse durante varios años mi belleza, en la

prensa y en todas partes, resultaría imposible para mí ignorar que Dios ha sido más generoso conmigo que con la mayoría de las mujeres. Lo censurable sería fingir que lo ignoraba”.

Tenía razón Lillian Russell, que era la más sencilla y la más bondadosa de las mujeres. Aceptaba como un hecho su belleza, pero no le daba exagerada importancia.

Varios críticos teatrales censuraban, en una de las obras de Fitch, que el príncipe que aparecía no era suficientemente *regio*. Fitch se quejaba conmigo, diciéndome: “¿Cómo lo saben? Jamás han conocido príncipe alguno. Yo cuento entre mis conocidos a una docena de ellos y, pueden creerme, los príncipes son como los demás hombres — sólo que un poco más humanos. Son los insignificantes los que actúan como se suponen que deben actuar los príncipes”.

Las pocas relaciones con príncipes que he tenido, confirman la anterior observación. Hace unos diez o doce años, mi hija y yo ocupábamos una mesa en el comedor del Hotel de Madrid, de Sevilla. En una mesa contigua estaba un caballero de barba rojiza, que daba evidentes muestras de la simpatía que mi hija había despertado en su ánimo. No sabía quiénes éramos ni nosotros sabíamos quién era. Poco después lo encontré sólo, en el vestíbulo del hotel y, tras cambiar los saludos de rigor en tales casos, me sugirió un paseo a pie. La noche era magnífica. Caminamos algunas calles; charlamos de España y los Estados Unidos. Me dió la impresión de que era un hombre sencii-

llo, bien informado — un banquero, posiblemente, o algo por el estilo. Creo que llegué a preguntarle si era banquero. Un poco sorprendido, pero sin afectación ni disgusto, me respondió: “No, yo soy Enrique de Mac-  
klenburg”. Era el Príncipe Consorte de Holanda.

No recuerdo quién me contó que una vez viajaba un grupo de monarcas europeos en un tren. Iban a una boda real, o a alguna ceremonia importante que se celebraría en una capital del continente. En su mayoría eran soberanos de segunda o tercera categoría y constituía una grave preocupación para ellos el orden en que habrían de moverse, para pasar al carro comedor. Resuelto al fin el orden de la columna, ésta principió la marcha. El caballero robusto y barbado que voluntariamente había escogido ser el último, era Eduardo VII de Inglaterra. No respondo de la veracidad del suceso, pero, en todo caso, merece ser cierto. Sólo quien, por encima de toda posible duda, está seguro de su derecho de encabezar la procesión, puede quedar satisfecho con ponerse al final de la misma.

Durante uno de mis viajes por Europa, me encontré con un acaudalado comerciante del Oeste norteamericano. Me veía con alguna frecuencia, pero dejé de hacerlo cuando supo que yo tenía un amigo que viajaba en segunda. Por aquellos días fui presentado, en París, al Barón de Rothschild, quien tenía alguna ingerencia económica en la representación de una de mis comedias. Era uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía una suntuosa mansión, en uno de los mejores barrios de la metrópoli del Sena. Entre sus

relaciones figuraban todos los potentados de Europa y, a pesar de eso, él venía con frecuencia a visitarme a mi humilde hotel, y en uno de sus viajes a los Estados Unidos pasó muy contento y muy satisfecho una temporada de nueve días conmigo, en mi modesta casita de Shoredan.

Recuerdo también que un día, en Londres, asistí a una reunión y comentaba con un vecino de asiento a quien conocía, una comedia que los dos habíamos visto. Yo no tenía una opinión muy favorable acerca de ella. En cambio, era evidente que mi interlocutor opinaba en forma distinta, aunque no me decía por qué. Me pareció extremado su interés por mis comentarios. En el curso de nuestra conversación, repetía expresiones como éstas: "Sí, naturalmente, usted tiene razón, no había pensado en ello". Y me preguntó si, en mi opinión, no era justificado que un dramaturgo hiciera esto o aquello. Parecía deseoso de conocer mi respuesta. Ya casi al terminar la reunión descubrí que aquel hombre era el enorme dramaturgo inglés Sir Arthur Wing Pinero.

Entre mis amigos tuve el honor y la satisfacción de contar a Ross Mc Pherson, eminente cirujano. Nunca hablaba de sus proezas. Fue realmente una sorpresa para mí cuando, después de su muerte, un médico famoso me dijo: "Mc Pherson era el mejor ginecólogo de los Estados Unidos... quizá del mundo". Lo acompañé una vez para presenciar una operación que iba a hacer. Una mujer se había tragado una aguja y ésta había quedado alojada en un sitio difícil y peligroso.

El cirujano mostró a sus discípulos las radiografías y les explicó las dificultades y los riesgos del caso, así como sus precauciones contra una posible equivocación y, haciendo una incisión, dijo: *aquí está*, y entre sus dedos extrajo la aguja. Los que presenciaban prorrumpieron en incontenible aplauso. A nuestra salida, aventuré un comentario: "Eso fue verdaderamente maravilloso". "Nueve décimas partes de buena suerte —respondió—: quizá no debería decirle lo sorprendido que me sentí al palpar la aguja".

Alguien, menos grande, con seguridad se habría sorprendido en caso similar, pero jamás habría admitido su sorpresa.

Entre los que realmente valen, las mezquindades y los actos ignominiosos no son posibles. Los grandes actores a quienes me ha tocado tratar, casi sin excepción, han sido siempre camaradas sencillos y afectuosos. Fue una actriz de cuyo nombre nadie se acuerda, la que puso un aviso en el que advertía a los miembros de su compañía que no habrían de dirigirle la palabra, a menos que ella lo hiciera primero. Y fue una humilde corista la que se negó a trabajar en un teatro porque, para llegar a su camerino, había que subir cuatro escalones. En cambio, Sara Bernhardt, ante mis disculpas por el camerino que le había tocado en un teatro provisional en que nuestra compañía trabajaba una noche, comentó sonriendo, "Pero, *mon enfant*, ¿cree usted que yo no he trabajado, en mi carrera, en lugares peores que éste?"

Quando tenía unos veinticinco años, estaba al ser-



vicio de una empresa teatral. Mi jefe me pidió que tratara de persuadir a Mark Twain, para que presentara a Sara Bernhardt en una próxima función de beneficencia. Logré que el escritor me diera una cita, y, durante dos días fui presa de gran nerviosidad ante la inminencia de mi entrevista con el gran humorista. Me hice el propósito de darle cuenta de mi cometido lo más rápidamente posible. Se trataba de un gran hombre, de un hombre muy ocupado, y no iba yo a hacerle perder miserablemente su precioso tiempo.

A las tres de la tarde en punto, que era la hora de la cita, me presenté en la vieja casona de ladrillos de la Quinta Avenida. Mark Twain en persona vino a abrirme la puerta. "Adelante —me dijo en tono cordial—. ¿Conque la Bernhardt, eh? Voy a contarle un cuento que tiene que ver con ella. Cuando yo era niño estuve en Hartford. Mi madre sugirió que fuéramos a verla. Las lunetas costaban cinco dólares y mi padre dispuso que compráramos mejor tres billetes de anfiteatro, que costaban sólo tres dólares cada uno. Por aquellos días venían a la casa, a hacer trabajos eventuales de costura dos hermanas francesas, muy pobres. Pocos días antes de la llegada de la Bernhardt estuvieron en la casa, para hacer unos vestidos. Mi madre suponía que posiblemente las pobres mujeres no ganaban bastante para comer de un modo satisfactorio y mi padre resolvió que no deberíamos despilfarrar el dinero en ir al teatro cuando había gente que tenía hambre. Se decidió, pues, obsequiar a aquellas mujeres nuestros nueve dólares. Ellas agregaron otro, y con los diez



dólares resultantes compraron dos lunetas y fueron a ver a la Bernhardt". Y el simpático viejo me hizo un guiño con sus ojos expresivos y me invitó a entrar a la sala de su casa. Insistió en que aceptara un cigarro y comentó siguiendo el curso de su amenísima conversación: "Eso me hace recordar otra anécdota..."

Cuando me dí cuenta de que eran las cuatro, sentí terror: había robado una hora de su valiosa vida a aquel hombre y todavía no le había dicho lo que tenía que decirle. A las cinco principié a pensar que yo también era hombre ocupado; pero entonces el torrente de la amena conversación de Mark Twain estaba en su apogeo: me hacía preguntas sobre el teatro, sobre mi experiencia, y menudeaban los cuentos relacionados con acontecimientos de que él mismo había sido autor. A las seis principié a pensar en la cena. Tenía que estar en el teatro a las siete... Veinte minutos después, el famoso escritor me acompañó hasta la puerta. "He pasado una tarde encantadora —comentó—. Siento que tengamos que interrumpir nuestra charla, pero me imagino que usted tiene algo que hacer... Yo también tengo que hacer algunas cosillas".

"Señor Clemens —me atreví entonces a decir—, yo realmente vine a suplicarle..."

"¡Oh, sí! —interrumpió—. Completamente de acuerdo. Apúnteme en el revés de este sobre el lugar y la hora. Allí estaré". Y vino hasta la acera, a despedirme. "No olvide —insistió aún— mandarme escrito ese cuento que me refirió. Se lo suplico".

## La Crisis del Liberalismo y la Misión de la Universidad

(Artículo ligeramente recordado, toma do del No. 2 de la importante revista *Universidad*, marzo de 1936).

Por Salvador Azuela

*Jefe del Departamento de Acción Social  
de la Universidad de México*

Después de la Guerra Europea, la reiterada referencia a la crisis del liberalismo se ha convertido en tópico vulgar. La gigantesca concentración de poder que trajo aparejada el conflicto guerrero de 1914 a 1918, el advenimiento de las dictaduras de izquierda y derecha ocurrido en los últimos tiempos y la ruptura de los sillares económicos del régimen capitalista, constituyen los antecedentes inmediatos de esa impetuosa corriente social que pretende desplazar en su totalidad, como uno de tantos emblemas que nos legara la retórica del siglo XIX, el valor de la libertad, sosteniendo que su significación se encuentra ya superada en la historia de las ideas políticas. Este proceso culmina en la concepción fascista del Estado totalitario, del Estado como un fin en sí mismo, dotado de atribuciones para extender su influencia hasta los más íntimos repliegues de la vida de los individuos y de las colectividades. Tal parece que ha perdido su vigencia la fórmula ideológica que postula la necesidad de limitar la ingerencia del Estado, cuando actúa por medio de sus órganos gubernativos.

¿El fracaso de la posición liberal en materia eco-

nómica legitimando el intervencionalismo de las autoridades políticas en la ordenación de las necesidades materiales de la sociedad, autoriza, empero, el retorno al Estado-Iglesia? ¿Consecuentemente, la ampliación de las actividades estatales debe alcanzar tal volumen que los tenedores del poder público, siempre transitorios, en nombre del Estado puedan pretender asumir el papel de depositarios de la verdad absoluta y definidores infalibles de los nuevos dogmas? ¿Es que la naturaleza de las funciones del Estado, estructurada en atención a las urgencias puramente externas de la existencia social, posee la posibilidad siquiera remota de regimentar la vida interior de las gentes? El escueto enunciado de estas preguntas revela lo absurdo de su realización. Porque si es conveniente, para evitar manifestaciones contrarias a la solidaridad, limitar la libertad individual, las barreras señaladas en ese sentido no podrán nunca trasponer el umbral de la conciencia, sin privarnos del rango de personas, para caer en la negación del noble concepto kantiano de la libertad, que estima a cada hombre como el medio del fin de sí mismo y de ninguna manera como el medio del fin de otro hombre.

De tal modo, la libertad adquiere la categoría de supuesto irrenunciable en la obra de la cultura, que en su aspecto exclusivamente científico se asienta en el cotejo y la revisión constantes de todas las hipótesis y las experiencias, en la polémica entre los principios y los corolarios; obra cuyo aliento creador exige en plenitud la libertad crítica.

En las zonas morales más calificadas del mundo moderno, se inicia vigorosa una tendencia contra la "estadolatría", en defensa de los valores del mundo interior; de la búsqueda de cauces para que la vocación —esencia de la personalidad— se manifieste, eliminados los impedimentos que por una injusta organización colectiva, la han venido frustrando, para que cada hombre pueda valorizar su propia experiencia y la experiencia de los demás y darle expresión cabal, sin lesionar los intereses sociales que a las formas jurídicas corresponde definir y sancionar.

Lo grave del hundimiento de un orden sustentado en el afán adquisitivo de riquezas, en el apetito de aumentar la ganancia, es la atmósfera de angustia, confusión y desconcierto que envuelve al mundo. En tanto que los falsos amigos de los humildes procuran envenenarles el alma de odio contra todas las superioridades auténticas, nacidas del talento o la virtud, muchos de los intelectuales de profesión se encierran en una postura suficiente y desdeñosa. La Universidad, a mi juicio, debe combatir por igual ambas actitudes.

Así la posición simpatizante de la Universidad Nacional para la causa de los oprimidos, ni excluye el decoro de la inteligencia, ni implica sujeción a ninguno de los esquemas ideológicos que aspiran, sin lograrlo, a ser el recipiente definitivo de la historia. *Universidad implica universalidad, reclama libre examen, a menos de servir de escondite a fuerzas confesionales o sectarias, y por ende, extra-universitarias.*

Padecemos los mexicanos un rebajamiento crecien-

te de nuestra calidad moral, una ausencia total de entereza para denunciar los desafueros de los poderosos y las corruptelas que de tales desafueros se desprenden. Por eso, la misión básica de la Universidad Mexicana, en un plano estrictamente cultural, estriba en despertar y fortalecer el espíritu de dignidad de la República. Su simpatía para los trabajadores no es una moda impuesta por razones de políticas circunstancias, puesto que está condicionada por el mantenimiento de las mejores esencias de la emoción liberal, en el único rumbo en el que el liberalismo es una cruzada con permanente valor de actualidad: el de la Libertad del espíritu, desde Sócrates hasta nuestros días. Libertad sin la cual todas las transformaciones sociales de nuestro tiempo, habrán de quedar reducidas, por ley inexorable, a puro alarde verbal de oportunistas que con rubros distintos aspiran a edificar una casta cerrada de poseedores de la verdad y del bien, mucho más nociva que las tiranías del dinero.

Al entender de esta guisa cuál es la trayectoria de su responsabilidad, la Universidad se defiende a sí misma y defiende a la Revolución del peligro mortal de la anquilosis y el estancamiento.

---

Somos individualistas en todo, inclusive en materia económica, materia que juzgamos *secundaria* en virtud misma de nuestro individualismo. Nos alegra, pues, sobremanera que la Universidad Mexicana, descarriada durante tantos años, vuelva a ponerse del lado de la libertad. — e. j. r.

## Grandes Figuras

Ha visto la estampa estos días la versión francesa del libro del escritor checo Karel Capel "Conversaciones con Masaryk", que recuerda las conversaciones con Goethe del fiel Eckermann.

De todos los retratos del patriarca y del rector de pueblos Masaryk, este de Capel es el más vivo y el que respira plenitud más gozosa. En marzo de 1935 cumplía el ex-Presidente los ochenta y cinco años, y ahora, a los ochenta y seis, sigue llevando sillares a la arquitectura política de los tiempos nuevos.

Nunca es, ciertamente, la hora de acostarse sobre laureles pretéritos, cuando se es, como Masaryk, antes que pensador y que combatiente, un obrero al servicio de Europa. Brindó en marzo de 1935, en un banquete, por el mañana luminoso con que sueña con el mismo ardor que a los treinta años. Luégo de forjar la independencia de su pueblo planea Masaryk un régimen de concordia europea que repose sobre la unidad del espíritu. Sabe hasta dónde las utopías de hoy son las realidades futuras y no abre su corazón ni a la duda ni al desaliento. Encarna como en los mediodías de su existencia, la probidad, la fe que milita de sol a sol y el denuedo. Es fiel a las ideas que confortaron su juventud cercada de adversidades, entre las cuales la pobreza fue la más insidiosa. Se desterró de sus propios lares para libertarlos; pero los lares, libres ya, no son

para el luchador cuarteles de invierno. Hay que ganarle día a día a la libertad hitos nuevos y descansar peleando. Lo cree Masaryk así, y como otro anciano glorioso, Clemenceau, morirá en pie para descender verticalmente a la tierra madre.

Respiran dignidad antigua las palabras con que agradeció el homenaje de sus compatriotas: "No he descubierto en el Poder ninguna norma que no se ajuste a las que he amado siempre. Los criterios de moralidad que rigen para el individuo rigen para el Estado, y quien se entrega a distingos, no se comporta como bueno. Tengo fe en la democracia, y la certidumbre de que imperará de nuevo en el mundo no vacila. El fin del Estado no puede ser el Estado mismo, y la consciencia individual no debe inmolarle sus principios. Porque el Estado no es el fin del hombre, y el hombre sí el fin del Estado. El confundir las dos cosas ha traído gran perturbación a nuestra época. Hay tiempo de rectificar conforme a las prácticas liberales, que han sido, y ojalá lo sean siempre, el honor de Europa."

Lo han sido y lo son, pero el propio Masaryk que lo proclama se dolía hace meses de la lentitud anacrónica del Parlamento, lentitud aplicable a la burocracia y a la administración de justicia. Hay que perfeccionar, sin duda, los usos liberales; pero el régimen de autoridad los deroga antes de enmendarlos.

En las conversaciones con Masaryk de Karel Čapek, memorias habladas que sorprenden por su animación y por su relieve plástico, la profesión de fe libe-

ral es el "leit-motiv" que más caracteriza al libro. Vamos reconstruyendo a través de esos diálogos al Masaryk estudiante, escritor, hombre de cátedra; filósofo; caudillo; gobernante; fundador de un Estado; patrio de un pueblo..

Oímos también en las "Conversaciones" ideas que Masaryk expuso sobre las cuestiones más varias: sobre el cálculo de probabilidades, y el escepticismo de Hume, o sobre el pensamiento de Blas Pascal; sobre la teoría de la Historia, según Brucke, o los poetas checos; sobre Vasilievitch o Havileck, o el Renacimiento y la Reforma checoeslovaca y Juan Huss; sobre la frecuencia del suicidio en el mundo moderno o los porqués de la jornada de las ocho horas.

"Soy —repite a sus amigos el ex-Presidente— un checo, y lo mío por lo tanto es lo checo, o sea el irse corrigiendo, reformando cada uno, y el ir corrigiendo y reformando pacientemente a los demás. Lo nuestro es la plegaria de Huss a la verdad: "Búscala la verdad, escúchala, apréndela, quírela; háblala y defiéndela hasta la muerte". Nuestra independencia durará si los checos hacemos eso, y si no lo hacemos no durará".

El 14 de diciembre de 1935 dimitía la Presidencia de la República Masaryk, y días después, en mensaje de una Universidad, se le llamaba el decano de ese liberalismo europeo que reposa sobre las más ilustres tradiciones humanas y jurídicas.



## Decreto que va Olvidándose

Desde hace más de medio siglo no es lícito usar en nuestro país, aplicándolos a corporaciones y empleados públicos de la República, se entiende, títulos meramente honoríficos, como los de Excelentísimo, Honorable, etc.

La Ley N<sup>o</sup> VII de 20 de mayo de 1886 abolió esa clase de títulos en general y derogó de modo terminante todas las leyes anteriores que los hubieran establecido.

Esa ley está en vigencia puesto que no ha sido derogada.

No puede atribuirse sino a ignorancia, por inaudita que ésta parezca en altos funcionarios, el empleo en actos o documentos oficiales, de tales tratamientos o la admisión en las oficinas públicas de escritos o memoriales en que se empleen, con referencia a empleados o corporaciones, de cualquier categoría que sean.

Contra la observancia de una Ley no puede en Costa Rica alegarse desuso ni costumbre o práctica en contrario, según se dice en el artículo 12 del Código Civil.

Es cierto que no se señaló pena por la infracción de la Ley de 1886, pero sería absurdo que alegaran tal cosa para disculparse de infringirla, los empleados públicos llamados precisamente a sostener con lealtad el orden legal.

Hé aquí el texto íntegro de la Ley citada:

### DECRETO N<sup>o</sup> VII

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica,

CONSIDERANDO: que los tratamientos honoríficos dados a las corporaciones y empleados públicos no se avienen con la sencillez que requieren las formas republicanas.

### DECRETA

Art. único.— Quedan abolidos tales tratamientos y derogadas las leyes que los establecieron.

Al Poder Ejecutivo.—Dado en el salón de sesiones del Palacio Nacional, en San José, a los diez y nueve días del mes de mayo de mil ochocientos ochenta y seis.

A. Esquivel, Presidente; A. Venegas, Secretario; Máximo Fernández, Secretario.

Palacio Presidencial, San José, a veinte de mayo de mil ochocientos ochenta y seis. Ejecútese. Bernardo Soto. El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación.—Carlos Durán”.

*Alfonso Jiménez Rojas*

17 Junio 1936.

## De "La Prensa Libre"

20 de Mayo

Hoy hemos tenido el placer de visitar a nuestro colaborador don Elías Jiménez Rojas. Su atención para nosotros ha sido muy especial y tenemos que agradecerle el que nos confíe su pensamiento para que lo devolvamos a nuestro leal saber y entender, la mayor parte de las veces haciendo buena la frase de *traduttore, traditore*.

—Me pregunta usted mi opinión acerca de la labor realizada por el Dr. Max y de la cual hablan los periódicos. Debo decirle que no he leído aún esas cosas. Para mí el problema económico no es el problema primordial de la República. Es un problema como cualquier otro y las tendencias están bien definidas. Yo tengo la mía y es cosa averiguada que no estoy de acuerdo con las de los demás. No tengo por lo tanto el propósito de mezclarme en discusiones inútiles. Que los estadistas se entretengan como les plazca. Para combatirlos precisamente tengo que hacer lo que se hace cuando se es uno y los otros son mil. En estos días de gobierno nuevo, le he puesto la puntería a la reorganización de las escuelas y he notado que no se ha procedido hasta este instante con la misma energía con que se ha hecho en otras dependencias del Gobierno. Y a mi juicio, este problema educacional es de mayores proyecciones sociales que el mismo problema económico. Tomemos por ejemplo la Escuela Normal, que es de donde salen los maestros. Todos sabemos el mal de que adolece esa institución del Estado. Todos sabemos cuánta

les han sido los defectos. No precisa seguir informaciones de ninguna clase para saber que allí hay una fuente de enseñanzas ajenas por completo a nuestros sistemas y fuera del programa neutral en todo sentido que se ha querido mantener como base educativa. Ese mal no está curado por el nuevo Gobierno. Hay un poco de indecisión. Y no se aviene esa práctica con lo que parece ser fundamental en el plan de reorganizaciones justas. Yo no digo que se lance a la calle a los empleados de educación para que mueran de hambre. Pero hay que buscarles un acomodo diferente en donde sus actividades puedan ser inofensivas. Si hablamos de escuela verdaderamente ajena a las propagandas políticas de moda, es preciso que venga esa reorganización de un modo absoluto. No pueden haber términos medios. Yo tengo el recuerdo de un hombre de acción que también tenía en la mente hacer reorganizaciones fundamentales. Me refiero al Lic. don Ascensión Esquivel. Al final de su Administración, metió mano en el Liceo de Costa Rica con el objeto de acabar con prácticas que no estaban de acuerdo con el ideal que se proponía llevar a feliz término. Del análisis que se hizo del personal se encontró que había allí varios empleados que remover. Y se hizo esto sin privarlos del pan. Recuerdo el caso de un inspector de nacionalidad guatemalteca, que era un enigma. El hombre usaba de pocas palabras y además hacía cabalgar sobre la nariz y muy pegados a los ojos un par de anteojos negros, impenetrables, misteriosos. Nadie podía saber ni adivinar su pensamiento. Los informes

eran sospechosos acerca de su persona, pero tampoco había en su contra un cargo definitivo. Me tocó a mí investigar el caso. Me acerqué a aquel hombre y nada pude obtener en claro. De mi conversación con él deduje en primer término que había un hermetismo en su espíritu y además que no tenía afición a la escuela ni siquiera a una materia determinada de la enseñanza. Nada malo podía hacer, es verdad. Pero estaba fuera del alma de la enseñanza. Mi informe fue terminante. Había que separar a aquel hombre. Así se hizo. Se le permitió vivir en un cuarto aislado y ganar su sueldo. Poco tiempo después, había desaparecido. Y es que no podemos apartarnos de esas prácticas sanas de independencia absoluta. Quien no lleva fines puros de enseñanza, lleva fines parciales. Y eso provoca la disolución y el desorden. Y del mismo modo que a un sacerdote que da clase de latín no se le permitiría la propaganda de sus creencias religiosas, tampoco se le puede permitir al maestro de matemáticas o de lo que sea, la propaganda de sus creencias políticas. Por eso creo yo que no se ha organizado todavía la Escuela Normal como conviene. No dudo sin embargo de que el actual Secretario de Educación don Luis Dobles Segreda, tomará el buen camino. Esta vez le suplico ser lo más fiel que pueda a mi pensamiento en ese sentido. Yo no quiero que más tarde, cuando ya no pueda defenderme, se me atribuyan pensamientos que no están en armonía con mi uniforme manera de ser y de pensar.

R. C.

## Del "Diario de Costa Rica"

17 de Junio

Nuestra visita, ni grata ni esperada, no sorprendió a don Elías. Ya él ha dicho que las entrevistas le dejan amolado y agradecido, más lo primero que lo segundo. Fuimos a verle con el propósito de pedirle copia de su contestación a la consulta que, por carta, le hiciera el señor Secretario de Educación, en lo referente a las reformas de la Escuela Normal y demás disposiciones contenidas en el decreto Ejecutivo, que ha provocado en el seno del magisterio nacional una verdadera disensión cismática.

Don Elías se concretó a explicarnos los pormenores de su entrevista con el señor Dobles Segreda, en la que le expuso al expresado funcionario su punto de vista en cada uno de los aspectos propuestos por la consulta que se le hiciera sobre el particular apuntado.

El repórter reconstruye las palabras de don Elías en la siguiente forma:

—Cuando recibí la carta del señor Secretario de Educación, llamé al teléfono al señor Dobles Segreda y le expuse que, debido a un propósito que adopté al cumplir mis sesenta años, acostumbraba no dar contestación escrita, directa, al interesado, sino que, o lo hacía verbalmente o bien mi contestación salía impresa en un periódico de mi elección. El señor Dobles Segreda prefirió la primera forma y fuí a su despacho y tuvimos una conversación que queda resumida en los puntos que voy a anotarles ahora mismo.

Y de su puño y letra don Elías escribió lo siguiente, como resumen de sus opiniones en cada caso.

1º—Conformidad absoluta en cuanto a la idea de convertir la Escuela Normal en una escuela profesional superior como lo son las de medicina, derecho, etc.

En 1906, siendo yo Director de la Escuela Normal, exigí el título de bachiller a todos los alumnos. Esto no duró más que dos meses.

2º—Separar la Escuela Normal de lo que en realidad es o debería ser el Liceo de Heredia.

3º—Traer a San José la Escuela Normal.

4º—No hacer distinción —según lo hacía el proyecto— entre maestros urbanos y rurales.

5º—No entrar en detalles de ningún género. Dejar esto para ser resuelto por la Secretaría de Educación en el momento oportuno.

\* \* \*

En otro aspecto de la "disensión" veo que hay quien dice que para maestro es preferible un ignorante que sepa metodología a un hombre instruido que la ignore. Soy del parecer opuesto. Todos los grandes maestros han comenzado por arrojar bien lejos la carga de la metodología. Un hombre instruido encuentra solo su camino y construye, si es necesario, su propio método. El ignorante será un esclavo de la Pedagogía y sus sistemas....

Veo que hablan de derechos adquiridos. Pero el que quiere reformar de improviso, tiene que herir los intereses de alguien, esos derechos adquiridos. El verda-



dero reformador tiene que ser revolucionario. Don Mauro Fernández lo fue e irrespetó los derechos adquiridos, porque decía que los maestros no pueden hablar de derechos, que sólo existen los derechos de los alumnos. Pero en la práctica barrió con todo, hasta con los derechos de los alumnos, a los que obligó a plegarse a sus disposiciones, con lo que dispersó a una buena parte de la generación de esos años, siendo pocos los que, cursando años superiores en Santo Tomás, fueron al Liceo a hombrearse con los muchachos que venían de las escuelas públicas. La mayoría tomó otras orientaciones, el comercio, la agricultura, etc.

El que quiere conservar lo existente y contemporarizar con los intereses de todas y cada una de las partes en juego, debe esperar todo de la evolución y tan pronto retroceder como avanzar.

Tales palabras nos trajeron el recuerdo de una frase inglesa, muy gráfica:

—Aquellos que pueden hacer, hacen; los que no pueden hacer, enseñan.

\* \* \*

Preguntámos a don Elías si había leído la afirmación, categóricamente expresada por el Doctor Max, indicando que, no obstante sus proyectos que admiten la intervención del Estado para dirigir la economía nacional, él procede dentro de la más pura tradición del liberalismo clásico.

Sonrió don Elías, y dijo (palabras reconstruidas por el repórter):

—Antes, para juzgar mejor, el Dr. Max debió ex-



presar qué entiende él por liberalismo y cómo lo definiría, en el menor número de palabras.

El marxismo, que es algo serio, de profundo estudio, casi una ciencia, parte de un error: considerar que la cuestión económica es lo primordial. Los liberales, en cambio, sabemos que la cuestión económica es cosa de segundo plano, de menor importancia. El liberalismo, en última síntesis, es el deseo de que el Estado no haga lo que los individuos o particulares pueden hacer por sí mismos. Todo lo demás es socialismo. Por eso no pude menos que sonreír al leer en una sección editorial del "*Diario de Costa Rica*", el siguiente título: "El ensayo de una República Socialista en América". ¡Si todas nuestras repúblicas son socialistas! Sus leyes, en gran parte, son socialistas, en educación, finanzas, en casi todo. En verdad el liberalismo está muy arrinconado en el mundo. Pero eso no quiere decir que esté vencido. Esto nos viene desde hace cincuenta años. Pero se nota la reacción en todas partes. Comienzan a abrir los ojos los pensadores del mundo. En América, veo que en México — ese México que tan grande interés y afecto ha despertado siempre en mí — la Universidad, ganada por el socialismo, permite que su "Encargado de la Propaganda Social" confiese que "salvo en las cuestiones económicas, el liberalismo tiene la razón". Santo y bueno; como verdaderos liberales comprendemos que las cuestiones económicas son secundarias y bien pueden apropiarse ese capítulo los socialistas. Eso es lo que satisface. La reacción comienza precisamente por los baluartes del socialismo.

\* \* \*

—Y ahora Roosevelt, ¿cree Ud. que será ahogado por la reacción?

—Yo no quisiera que vinieran los enemigos de Roosevelt antes de que él termine con su fantástico riego de oro, de oro que se necesitaron años para acumularlo, y que ahora, en pocas horas, corre en torrentes. Que siga su obra a ver en qué termina. Esos son mis deseos. Y precisamente han sido los Estados Unidos los únicos países que han ejercido el liberalismo con mayor pureza. Han sido los hombres como Jefferson los campeones del liberalismo que quería que los Estados fueran lo menos posible *Estados*. También es allí, en esa gigantesca nación, en donde el individualismo ha sido la más grande de las fuerzas aun en el campo económico. No hay república socialista que haya organizado el trabajo como Henry Ford, un hombre, pero un hombre que respeta la personalidad de sus empleados hasta llegar a desear que todas las cosas que rodean a sus obreros sean bellas y que tengan las mejores *comodidades*, ellos y sus familias.

\* \* \*

Se habló por último, otra vez, de los proyectos sobre la moneda elaborados por el Dr. Max. Don Elías, con evidente desgano, nos dijo entonces: Así como un individuo no puede hacerse sus monedas a su gusto, así tampoco puede un Estado darles la base que se le antoje. Hay leyes de MECANICA ECONOMICA que subordinan los pequeños Estados a los grandes. Las verdaderas monedas de Costa Rica, no podemos

nosotros modificarlas y son las libras, los dólares, los marcos, los francos, etc. Respecto al oro, nos manifestó la extrañeza con que oye hablar de él como de una ficción o cosa sin valor intrínseco. "El oro, por su belleza y por el conjunto de sus propiedades físicas y químicas, es el rey de los metales. Y guardaría su rango, aun cuando aumentara su abundancia. Seguiría siempre consagrado a los dioses y al adorno de los altares y de las mujeres, al par que se multiplicarían sus usos para un sinnúmero de cosas que lo reclaman desde hace largo tiempo. Igualmente el diamante, que tiene el valor que le viene de ser el más duro de los cuerpos conocidos y la piedra preciosa de mayor birrefringencia. Su valor, como el del oro, es una realidad industrial".



### *Aclarando un Trozo del Reportaje Anterior*

—La universidad de Costa Rica fue suprimida en 1888.

Desde entonces entró el país en el socialismo docente. El autor principal de esta revolución fue nuestro ilustre don Mauro Fernández. Para realizarla, no hizo caso de las protestas de los maestros: comenzó no reconociendo más derechos que los derechos de los alumnos; y un momento después saltó también por encima de los derechos de los alumnos tales o cuales y no reconoció más derechos que los de la ESCUELA.

No cabía y no cabe otra lógica dentro del régimen establecido por don Mauro Fernández. Antes de ser Secretario de Estado, había sido don Mauro profesor de filosofía y había aprendido que los planes o sistemas híbridos son los peores.

Contra don Mauro, pero respetuosamente, en el campo de las ideas, estuvimos los individualistas, que no somos revolucionarios. En esa posición estamos todavía. A nosotros nos parecen huecas las abstracciones todas del socialismo: Estado, Escuela, etc., sin que esto signifique que nos escape por completo su sentido. Nosotros no conocemos definitivamente sino personas o individuos. Si se nos habla de escuelas, al punto exclamamos: EL ALMA ES EL MAESTRO. Las escuelas no las hacen los edificios, ni los pupitres, ni los programas, ni los alumnos solos. Los maestros son el factor capital. Donde está el maestro surge la escuela.

En resumen: o el Estado se desentiende de las escuelas, para ser liberal en materia de enseñanza; o bien las mantiene bajo su cuidado, y entonces no tiene por qué pararse en consideraciones de personas tales o cuales, que carecen de existencia para él.

*Elías Jiménez Rojas*

Crónicas de Domingo Ramos

Ligeramente recortadas.

Las notas adicionales son nuestras.

## Viaje a Costa Rica

(Continuación)

## En San José

Cuando llegamos a San José, el señor Calderón estaba en la estación esperándonos y nos tenía vehículo listo para llevarnos al Hotel Pacífico, en donde ya tenía listos alojamientos para nosotros y los españoles. Mister Trece se fué con su hermano y estuvimos varios días sin verlo.

Nuestras fachas no eran nada presentables, pues los vestidos los teníamos sucios por el polvo del camino. Así tuvimos que permanecer, pues toda la ropa venía en los baúles, y la carreta que los traía de Puntarenas y que debió llegar al día siguiente, no llegó sino ocho días después.

Sin embargo, salíamos a conocer la población y permanecíamos el resto del día en la cantina y en la sala de billares que tenía el hotel, pues no teníamos nada qué hacer.

Asistimos a la primera retreta que hubo frente al palacio presidencial. Allí encontramos a mister Trece con su hermano, el cual nos convidó a tomar cerveza

en una cantina vecina y de allí oímos la retreta.

Pocas veces volvimos a ver a míster Trece y después supimos que murió algunos meses después de su llegada.

Los dos españoles pusieron un buen almacén de abarrotes y les fue muy bien en su negocio.

Ocho días después de nuestra llegada a San José, llegó el equipaje y pudimos cambiar de ropa. Fue una imprevisión nuestra el no haber llevado a mano siquiera una muda de ropa, pero no teníamos en qué llevarla, porque en ese tiempo no se usaban las maletas de viaje y las monturas que nos dieron no tenían alforjas.

La demora consistió, según informó el carretero, en que a uno de los bueyes lo picó una araña venenosa y no pudo continuar la marcha.

Inmediatamente después de nuestra llegada, mi padre fué a hablar con el superior del seminario, el padre Juan Bautista Malezieux.

Complacidísimo se manifestó el padre Malezieux al saber que estábamos allí, pues mis dos hermanos mayores habían sido alumnos del seminario de Popayán. Aun cuando ya el año escolar estaba avanzado, no puso ninguna dificultad para recibirnos.

El señor Calderón se encargó de conseguir los caires, colchones, almohadas y todos los demás aperos que exigen a los alumnos.

### El Conde Patricio

Ya he dicho que entre los pasajeros que iban en

el buque que nos llevó a Costa Rica iba un prestidigitador italiano de fama mundial, llamado "El Conde Patricio". Ese señor llevaba un enorme equipaje y gran material de propaganda, con su retrato, etc. Todos los baúles de los pasajeros salieron del buque adornados con los retratos del Conde Patricio. Llevaba avisos enormes que decían solamente: "Llegó el Conde Patricio".

Como nos hicimos amigos en el viaje, cuando los ayudantes del Conde Patricio salieron a pegar los avisos en las calles, yo les ayudé y así pensámos tener entrada segura a las funciones. Desgraciadamente, cuando se estrenó, ya habíamos entrado al seminario y no pudimos verlo trabajar, pero a mi padre le obsequió el Conde una entrada para la temporada.

Naturalmente, un prestidigitador tan hábil y complaciente como el Conde Patricio era una diversión a bordo. A él no le gustaba que le exigieran que hiciera pruebas, pero cuando menos pensábamos hacía alguna.

Un día estábamos de sobremesa en el comedor y el Conde llamó a un sirviente y le dijo:

—Tráigame azúcar.

A poco rato se apareció el sirviente con la azucarera. El Conde la destapó y dijo al sirviente:

—Le he pedido azúcar y usted me trae la azucarera vacía. El sirviente se quedó perplejo, y entonces el Conde le dijo:

—Es que usted en el camino se ha echado el azúcar a los bolsillos.

Inmediatamente el sirviente metió mano a los bol-

sillos y vió que efectivamente los tenía llenos de azúcar.

Algunos de los pasajeros supusieron que esa prueba la había hecho de acuerdo con el sirviente, pero la cara de estupidez que puso éste cuando le dijo el Conde que tenía el azúcar en los bolsillos no dejó duda de que no había tal combinación.

De esas pruebas hacía el Conde cada vez que le daba la gana. Los sirvientes se acercaban a él con recelo, pues con ellos era que más se divertía.

El estreno lo hizo el Conde en el Teatro Municipal, que era el único que había entonces en San José, y tuvo un gran éxito. Después anunció una función en el circo de toros para hacer la prueba del cañón, la cual no podía hacer en el teatro.

### En el Seminario

Entrámos al seminario a las 6 p. m. y a las 7 nos llevaron al comedor con todos los alumnos, pues esa era la hora de comer.

Allí vimos a todos los alumnos reunidos; después de comer nos llevaron al dormitorio; así, pues, sólo al día siguiente en el primer recreo hablámos con los compañeros.

Ya se puede suponer la curiosidad de los muchachos con esos condiscípulos extranjeros, pues éramos los únicos que no éramos costarricenses, y la letanía de preguntas que nos hacían. Cuando dijimos que éramos del Cauca nos bautizaron con el apodo de *Caucas* y así nos llamaban.



Afortunadamente, en el seminario mayor estaban dos caucanos: Ignacio Guevara (caleño) y Tomás Cupertino Terán (chocoano); ambos eran los vigilantes en los estudios, en los recreos y en los dormitorios.

Ignacio Guevara nos dijo: No se vayan a dejar fregar de los muchachos, porque si se dejan los *vuelven vaca*....

Bien pronto se me presentó la ocasión de manifestar que era caucano.

Estaba en auge en esos días el juego de raquetas en los recreos. El padre Malezieux me llamó del corredor del primer piso para aventarme una raqueta que yo debía coger al vuelo, pero un muchacho Velázquez se interpuso y la cogió. Entonces entré en lucha con él para quitársela, hasta que quedó en mi poder; pero no contento con eso, le descargué un golpe en la cabeza con la raqueta y se puso a llorar. Afortunadamente el rector no vio el incidente, porque apenas aventó la raqueta se metió a su cuarto.

Velázquez se fué a dar la queja a Ignacio Guevara, que era el vigilante de recreo. Yo le conté lo ocurrido y Guevara le dijo a Velázquez:

—No les dije que no se metan con los Caucaos?, mis paisanos son muy guapos y con ellos la llevan perdida.

Naturalmente, todos los alumnos se impusieron del incidente y desde ese día nos respetaban. En los dos años y medio que permanecimos en el seminario no recuerdo haber tenido ningún otro pleito con los compañeros costarricenses.

El rector y dos de los profesores del seminario habían conocido en Popayán a mis hermanos Rafael y Enrique que tenían fama de juiciosos. Yo, que no la tenía, tuve que seguir el ejemplo de mis hermanos mayores, para no desacreditar el apellido.

Era capellán del ejército el canónigo Francisco Calvo, un viejito simpatiquísimo. Con mucha frecuencia iba al seminario y lo convidaban o se convidaba a almorzar, pues casi siempre sus visitas eran cuando se acercaba la hora de almuerzo.

Es sabido que en los seminarios no se habla durante las comidas sino que algún alumno lee en alta voz algún libro instructivo. Sólo en casos extraordinarios permiten hablar, en cuyo caso el rector toca el timbre y dice:

—*Te autem domine miserere nobis.*

—*Deo gratias*, contestan los alumnos y empieza la charla.

Cuando veíamos que el padre Chico (así lo llamaba todo el mundo) estaba invitado a almorzar, nos poníamos felices y decíamos:

—Hoy tenemos *tu autem*.

Era imposible que estando el padre Chico en el comedor no nos dejaran hablar; él era muy conversador y le encantaban los chistes, de manera que una visita del padre Chico era un acontecimiento.

En una ocasión mi padre fue invitado a un baile que daba el Presidente de la República y nos contaba que al subir las gradas del palacio bajaba un viejito, vestido de militar, con sombrero de empanada

y espada. La cara no le fue desconocida, y luégo supo que era el padre Chico, que para asistir a la recepción se puso su vestido de militar como capellán del ejército.

El padre Chico era popularísimo en San José, todo el mundo lo conocía, lo respetaba y lo quería.

El seminario de Costa Rica era menos rígido que el de Popayán, pues daban salida a los alumnos en los días del cumpleaños de los padres o algún otro acontecimiento.

Nosotros no teníamos allá a nadie a quien visitar. Una vez supe que la familia de mi tío Carlos Patiño, hermano de mi madre, había llegado a San José. Sin decir nada a mis hermanos me fuí donde el rector y le dije:

—Vengo a pedirle un permiso para salir con mis hermanos mañana.

—Con la risita sardónica que él se gastaba, me dijo:

—¿Y dónde piensan ir?

—Ha llegado la familia de un hermano de mi madre y queremos ir a visitarla.

—Sin preguntar más, me concedió el permiso y en el recreo les dí la noticia a mis hermanos. Al día siguiente le caímos a la tía Clementina Velasco de Patiño, que no contaba con esa visita; nos atendió mucho, allí almorzamos y a las 6 p. m. en punto regresamos al seminario, porque los permisos eran hasta esa hora.



## Don Adolfo Calderón

Bien merece un recuerdo de mi parte el señor Calderón, de quien hablé al comenzar esta narración, pues fue una providencia para nosotros, desde que nos conocimos en Puntarenas a nuestra llegada a Costa Rica y después en San José, para ayudar a mi padre a conseguir todo cuanto necesitámos para nuestro ingreso al seminario.

El señor Calderón era un hombre muy popular en San José. Gozaba de la amistad de las personas de todas las clases sociales.

Era un hombre muy cristiano y talvez por motivo de algún voto, usaba en determinadas circunstancias un hábito muy semejante al de los franciscanos, con el respectivo cordón.

Era síndico o encargado de la iglesia del Carmen, que es una de las mejores iglesias de San José. Esa iglesia es tan grande como nuestra catedral, pero de un solo cuerpo. Los arcos sobre los cuales reposaba el techo eran de hierro, artísticamente hechos y pintados. Así, pues, de cualquier parte del templo en que uno se encontrara veía todo.

Yo supongo que esa iglesia fue construida en esa forma en previsión de los temblores que son tan frecuentes en Centro América.

Muchos temblores hubo durante los dos años y medio que permanecimos en San José y nunca oí decir que la iglesia del Carmen hubiera sufrido por esa causa; en cambio la iglesia de la Merced y la catedral siempre sufrían daños graves en cada temblor.

En uno de ellos, se desplomó totalmente todo el frontis de la catedral, que reposaba sobre varias columnas de cal y canto.

El señor Calderón, que era viudo, vivía en casa propia con su anciana madre y sus hijos que estaban de pocos años: un varón (1) y dos mujeres; por cierto, estas últimas eran muy bonitas. La casa, de construcción antigua, era muy grande.

Cuando quedámos internados en el seminario el señor Calderón se empeñó en que mi padre se saliera del hotel en que estaba alojado y se fuera a vivir a su casa. Fue tal su insistencia, que al fin se pasó a vivir allí en un magnífico cuarto que le había preparado. Allí permaneció hasta que regresó a Colombia.

La madre del señor Calderón le tenía un gran cariño a mi padre y ni sabía cómo atenderlo. Cuando se despidió de ella para regresar a Colombia, la pobre señora lloró amargamente como si se despidiera de un miembro muy querido de su familia. Tal vez presentía que no lo volvería a ver, pues cuando mi padre regresó a San José en 1881 ya la buena anciana había muerto.

Cuando estábamos en vacaciones, iba yo con mucha frecuencia a casa del señor Calderón, pues siempre me obsequiaba algo, como frutas, dulces, etc.

Cuando lo encontraba en la calle, siempre lo salu-

---

(1) El señor Calderón tuvo más de tres hijos. El varoncito a que se refiere el autor es seguramente el doctor don Rafael Calderón Muñoz, distinguidísimo médico, que heredó de su padre la amabilidad y el excepcional desprendimiento.

daba, pues era fijo que me llevaba a alguna pastelería y me hacía llenar una bolsa de papel, con colaciones y otras golosinas y algunas veces hacía llenar otra bolsa para que la llevara a mis hermanos; lo que sí no recuerdo es si la bolsa llegaba a su destino intacta o si sufría mermas en el camino....

### Mi Afición a los Toros

En San José había un magnífico circo de toros (1) y constantemente iban toreros mexicanos, entre ellos uno que se llamaba Carlitos (2) y era un gran banderillero. En las corridas nunca daban muerte al toro.

Llegó una vez un tal Pedro Cortijo, que decía ser español y matador de toros.

Las cuadrillas que actuaban en el circo josefino, eran por el estilo de las que vemos aquí y hubo corrida en que sólo trabajaban dos toreros.

Mucho bombo le hicieron al tal Cortijo y anunció dar muerte a un toro; por supuesto se llenó el circo. El anunciado matador era apenas un mal banderillero. La corrida resultó desastrosa y el toro de muerte salió vivito y coleando a los corrales, y el tal Cortijo

(1) El Circo de San José fue estrenado el domingo 25 de noviembre de 1877. Sirvió para corridas de toros y para espectáculos acrobáticos y de variedades. No tuvo más que tres años de vida activa. Después cayó en abandono. Por último, se transformó en jardín. Hubo flores, bosqueje, enredaderas y se apoderó de él Venus Afrodita. Antes de ser demolido fue un lugar de esparcimientos recónditos para jóvenes pudientes. Estaba situado entre los sitios que ocupan hoy la "Plaza de España" y el "Parque Bolívar."

(2) Carlos Subalóia.

a la Cárcel, por haber pretendido descrestar al público, porque allá no es como aquí que las autoridades nos dejan descrestar constantemente, sin que jamás se haya impuesto un castigo a los estafadores.

Había en el circo josefino un burladero como no he visto en ningún otro circo.

Era un hoyo, tal vez de un metro de profundidad, en el cual cabía un hombre hasta más de medio cuerpo. Una de las suertes consistía en citar al toro y correr hacia el hoyo; cuando el toro pensaba que iba a coger al torero, éste se entraba al hoyo y se agachaba. El toro quedaba burlado y muchas veces permanecía cerca al hoyo un buen rato, hasta que otro torero lo sacaba del sitio.

Una de las suertes que sólo en Costa Rica he visto es lo que llaman rosetas.

Esta es una banderilla muy corta en forma de roseta, con un arpón especial muy corto también. Estas rosetas son para colocarlas en el testuz del toro. Cosa difícil si se tiene en cuenta que en esa parte de la cabeza el cuero está pegado del hueso.

El torero cita al toro como para banderillas; cuando acomete el toro y humilla, le coloca la roseta dando el impulso hacia arriba y saliendo el torero como en la suerte de banderilla.

En una ocasión Carlitos anunció que pondría una roseta con el pie y cumplió el ofrecimiento.

Se descalzó, puso el mango de la roseta entre los dos dedos mayores del pie, tendió la capa en el suelo y se acostó levantando la cabeza para ver el toro. Uno

de los banderilleros se situó detrás de Carlitos y citó al toro. Cuando éste humilló para embestir, Carlitos levantó el pie y colocó la roseta dando al mismo tiempo un salto para evitar la cogida, y el compañero hizo el quite.

Esto les dará una idea de la agilidad de ese torero, el cual constantemente anunciaba suertes nuevas, como torear con grillos, torear parado sobre un pañuelo sin salirse de él, torear con un pañuelo pequeño o con algún abanico, etc.

Para una corrida anunció que torearía con zancos. Para esa suerte, en vez de capote llevaba una gran muñeca con traje colorado. Capeó el toro maravillosamente con la muñeca, y en una ocasión en que se vio muy acosado, le tiró al toro la muñeca, y mientras éste se divertía con ella, se fué hacia la barrera en tanto le volvían a pasar la muñeca.

El pueblo josefino tenía adoración por Carlitos y constantemente iba a verlo torear en el circo de San José.

Como se comprenderá fácilmente, estando nuestro padre ausente y teniendo por acudiente al mismo economo del seminario que era el padre Thiel (después obispo de Costa Rica) no teníamos quien nos diera ni a quien pedirle para gastos extras como el de asistir a una corrida de toros.

### Amores del Portero

En Cartago tenían los padres jesuitas un colegio cuyo rector era el padre España. Este, durante las



vacaciones solía venir a San José acompañado del padre Páramo (colombiano) o de algún otro de sus cohermanos.

Yo no sé a qué diligencias o dónde tenían que ir a caballo, lo cierto era que siempre alquilaban dos caballos en alguna de las pesebreras de la ciudad.

Muchas veces regresaban a las 3 ó 4 de la tarde y mi hermano Jorge y yo nos encargábamos de llevar los caballos a la pesebrera, en cuyo caso nos decían los padres:

—Pueden ir a darse su paseo hasta las seis, pues hasta esa hora está pagado el alquiler.

Naturalmente, no nos hacíamos de rogar y nos dirigíamos a alguno de los muchos pueblos que hay cercanos a San José, los cuales conocíamos porque los días de paseo del seminario casi siempre íbamos a alguno de ellos, o nos paseábamos por los alrededores o en las calles de la ciudad hasta la hora de entregar los caballos.

Al regresar al seminario era fijo que el padre España o su compañero (o a veces ambos) nos obsequiaban 20, 40 o 50 centavos, y no nos hacíamos de rogar para recibirlos.

El portero del seminario era un chiricano que se llamaba Carmen Acuña. Este estaba enamorado de una muchacha; pero como no sabía escribir, me buscaba a mí para que le escribiera las cartas que dirigía a su novia, sin darme tema para tales cartas y confiado en lo que yo le escribiera a la muchacha.

Ya pueden suponerse las bestialidades que yo es-

cribía, pues no tenía práctica en esa clase de correspondencia; pero al chiricano siempre le parecían admirables.

Yo le aconsejaba siempre que se comprara papel de ese que usaban entonces para las cartas de amores, con un cupido en el ángulo superior, un corazón traspasado con una flecha u otra alegoría semejante.

Ese papel lo compraba en una tienda mixta que tenía cerca del seminario Rafael Iglesias, que después fue presidente de Costarrica.

A veces finalizaba la carta con algún verso de almanaque, como estos:

Sufro, siento, padezco,  
suspiro y lloro,  
con decir que te quiero,  
lo digo todo.

Papelito, papelito,  
hacé lo que yo no puedo:  
que tú te vas a la gloria,  
y yo en el infierno quedo.

;Qué bueno que está eso!, me decía Carmen (acuérdense que es el portero), y ya tenía yo asegurada mi entrada al circo, porque esto era cosa convenida.

Cuando se acercaba un domingo y no me había hablado el portero para que le escribiera carta a la novia, yo le decía:

—Los amores no hay que dejarlos enfriar; en esta

semana no le ha escrito a la novia. Bastaba esa insinuación para que viniera la escribanía de la carta y de consiguiente la entrada a sol al circo.

Aunque la entrada era a sol, yo me iba bien temprano al circo porque sabía que al empezar el tendido de sol había un pedazo que quedaba en sombra.

## Los Ejercicios del Clero

En el seminario de Costa Rica estaba establecido que los alumnos de las clases superiores servían la mesa por turno que todos nos disputábamos, porque ese servicio tenía sus gangas, de las cuales hablaré en otro capítulo de estos gratos recuerdos.

En dos ocasiones el padre Thiel (que todavía no era obispo) promovió de acuerdo con monseñor Bruschetti, obispo de Abidos y delegado apostólico, encargado de la diócesis, ejercicios para el clero, los cuales se efectuaron en el seminario.

Allí se reunían 30 ó 40 sacerdotes de toda la diócesis. Las pláticas y otros ejercicios eran a puerta cerrada, pero en los últimos días hacían una especie de exámenes individuales a los concurrentes, los cuales yo presenciaba comidiéndome a servir de acólito, y pude darme cuenta de que muchos de esos sacerdotes a duras penas decían misa.

En lo que recuerdo que muchos salieron corchos fue en la incensada del altar en las misas cantadas, pues eso tiene sus bemoles. Cada golpe de incensario va acompañado de ciertas palabras rituales, unas ve-

ces dirigiendo el incensario hacia los candelabros (que siempre son seis), otras haciendo un círculo con el incensario y otras bajándolo, como para incensar por debajo del altar. Estoy seguro que muchas personas o la mayor parte ignoran esto.

Pues bien, los examinados cogían el incensario y lo boleaban *ad libitum* sin observar las reglas del ritual. Entonces el padre Thiel cogía el incensario y les mostraba cómo debían hacer.

Estas y otras ceremonias que esos padres chabacanos hacían a su antojo eran divertidísimas, y después venían los comentarios en el recreo y las burlas a los que se habían pelado en el examen.

Terminados los ejercicios, alguno de los sacerdotes iniciaba una colecta entre todos los asistentes para obsequiarnos a mis hermanos y a mí que los atendíamos y les servíamos la mesa, etc. Treinta o cuarenta pesos producía esa colecta que nos entregaban dándonos los agradecimientos.

Figúrense ustedes lo feliz que se consideraría este su amigo con diez o más pesitos en su poder. A pesar de esto no renunciaba el cargo de amanuense del portero, para sus cartas de amores, pues siempre me pagaba mi trabajo, que para mí era mogollo, pues me había vuelto una fiera para redactar cartas de amores. No supe el resultado de los del portero con la señorita María de los Angeles — había olvidado decir el nombre de la prometida de Carmen (el portero)—, pues éste renunció el puesto talvez para efectuar su matrimonio, y entró en su reemplazo un viejo francés,

monsieur Francois, que quedó en el puesto cuando regresámos a Colombia .

Cuando ya iban a salir de los ejercicios fueron todos los ejercitantes al cuarto del señor Thiel, encabezados por el canónigo Ulloa, que era la figura más saliente del clero de Costa Rica, a dar las gracias al señor Thiel. El canónigo Ulloa habló en nombre de todos, manifestando su agradecimiento en un corto discurso. Apenas hubo terminado, uno de los sacerdotes *más ariscos* de los que asistieron a los ejercicios, se empinó en medio del grupo (era de baja estatura) y dijo, dirigiéndose al señor Thiel:

—Me *arrebato* a las palabras del doctor Ulloa. Esto causó hilaridad en los concurrentes y no dió lugar a que el señor Thiel contestara.

### El Servicio de Mesa

Como ya lo he dicho, los mismos seminaristas servíamos en la mesa a nuestros compañeros. Los sirvientes éramos siempre tres: uno para servir la mesa de los padres, y los otros dos para servir en cada uno de los lados de las mesas que ocupaban los muchachos.

Los platos los pasaban servidos por un torno que habia en el extremo del comedor; pero al que servía a los padres le pasaban las bandejas por una puerta que daba a un pasadizo, y había que salir al corredor para ir a recibir los platos. En el pasadizo había frente a la puerta de la cocina un cuarto de depósito que permanecía abierto, pues en él sólo había bultos con fri-

tor o la llegada del visitador, que era el padre Gustavo Fonig, siempre en las cantos me tocaba hacer los solos.

(Continuará)

---

Dice *La Tribune* de Ginebra, del 11 de abril, que un gran número de profesores, obispos, parlamentarios, escritores —entre ellos Aldous Huxley, Gilbert Murray, H. G. Wells, el general Baden Powell—, reclaman la creación de un comité encargado de redactar un proyecto de reforma de la ortografía británica, que ellos juzgan ilógica y difícil, y opuesta, por consiguiente, a la difusión del inglés.

. \* \* \*

El doctor Irving Lorge, psiquiatro de New York, ha estado estudiando las facultades intelectuales en relación con la edad y ha llegado a la conclusión de que el trabajo cerebral de una persona de edad no posee la inferioridad que se le atribuye generalmente. Según dicho Dr. Lorge, la reacción cerebral provocada por una lectura, no es menos intensa en un viejo que en un joven. El viejo no decrepito trabaja con más lentitud que el joven, pero no con menor lucidez.

soles (que allá es el fuerte de la alimentación), bultos de papas, arroz, etc.

El puesto más codiciado era el de sirviente de los padres, pues a éstos no se les llevaban los manjares servidos sino en bandejas o fuentes y de allí se servían los padres. Naturalmente, en todas esas bandejas o fuentes quedaba la mayor parte de la provisión.

Al levantar las fuentes para volver a llevarlas a la cocina, alguna de la fuentes, o mejor dicho su contenido, no llegaba a su destino, pues quedaba vacía. Previamente se llevaban al cuarto de depósito uno o dos platos grandes que se pedían en la cocina sin decir para qué, y allí se vaciaba la bandeja que se escogía para que desapareciera.

Como después del almuerzo todos los padres y alumnos iban a la capilla por un momento antes de salir a recreo, se aprovechaba esa coyuntura para llevar al comedor los potajes separados, los cuales nos repartíamos entre los tres sirvientes.

Los padres tomaban siempre vino tinto en las comidas y éste era servido en unas garrafas de cristal con tapa del mismo material. Si quedaba vino en las garrafas o alguna de ellas sin empezar, el ecónomo al levantarse de la mesa las llevaba a un aparador con llave que tenían en el comedor para ese objeto; pero a veces se olvidaba y quedaba el vino en las garrafas; entonces aprovechábamos la ocasión para consumir lo que quedaba, y cuando el padre volvía tenía que guardar las garrafas vacías.

Uno de los alumnos descubrió que tenía una lla-

ve que abría el aparador y entonces sacábamos de allí el vino que queríamos.

Pocos nos duró ese medio de robar vino, pues yo me confesaba nada menos que con el padre Thiel y tuve que confesarle el hallazgo de la llave y el uso que hacíamos de ella.

En esa misma semana cambiaron la chapa del aparador y se acabó la tomata de vino por ese medio, pero lo que es el que quedaba en las garrafas, si el ecónomo no lo trasteaba en tiempo, desaparecía infaliblemente.

### Mi Debut como Torero

Un día de paseo de los seminaristas, iba con nosotros el padre Federico Gamarra (peruano). Todos los seminaristas tenían obligación de llevar paraguas, aun en pleno verano.

Ese día nos llevó el padre Gamarra a la Sabana, que era uno de los paseos que más nos gustaba, porque había una avenida de mangos y nosotros hacíamos la cosecha, comiéndonoslos aunque estuvieran biches.

Apenas nos había dado el padre Gamarra la señal de romper filas y nos estábamos diseminando en grupos, para empezar la cosecha de mangos, cuando de repente vimos que una vaca brava venía sobre nosotros a todo trote. Los muchachos emprendieron carrera en todas direcciones, pero yo que estaba cerca del padre Gamarra no me moví de mi puesto, probablemente



porque pensé que estando al lado del sacerdote la vaca me respetaría.

Nada de eso; la vaca se me vino encima y no sé por qué se me ocurrió abrir repentinamente el paraguas. La vaca se asustó, se contuvo, pegó una abierta carrera y se fué en otra dirección.

El padre Gamarra se me acercó y me dijo:

—Me gusta su sangre fría y le voy a regalar una estampa.

Efectivamente, yo sentía la sangre fría, desde la cabeza hasta los pies. Me habría sido imposible moverme de mi puesto. No le contesté nada al padre Gamarra, pues no podía hablar, porque no me pasaba el susto. Había hecho, sin quererlo, una especie de suerte de don Tancredo, con paraguas. Cuando los muchachos volvieron donde estábamos el padre Gamarra y yo, éste los increpó por su cobardía, haciendo elogios de mi sangre fría y haciéndoles saber que como premio me iba a dar una estampa.

Si mis compañeros me hubieran visto inmediatamente después de mi hazaña, de seguro me habrían conocido el miedo y se habrían burlado de mí, pero como ya me había pasado el susto, pasé por algo así como un héroe.

¿Cuántas veces se presentan en la vida casos como éste, en que un individuo aparece como héroe porque ejecuta un acto de valor, de puro miedo?

Si yo hubiera contado esta hazaña sin decir la verdad, es decir que la ejecuté de puro miedo, con seguridad que la mayor parte de los lectores habrían

creído que era invención mía y talvez unos pocos habrían admirado mi valor y les habría parecido poco el premio que por mi sangre fría me obsequió el padre Gamarra.

### Una Capeada al Rector

El que leía durante la comida y los que servían la mesa, se iban a los dormitorios cuando ya los compañeros estaban acostados.

El padre Malezieux, tenía fama de bravo.

Una noche que estuve de sirviente, en lugar de subir directamente a mi dormitorio, tenía algo que decir a Guevara y me fuí por el dormitorio que él vigilaba; después seguían otro dormitorio y el nuestro.

Los padres, cuando ya nos subíamos al dormitorio, volvían al comedor a tomar té. El comedor quedaba justamente debajo del dormitorio grande y todos los pisos de arriba eran de madera.

Me detuve un momento a hablar con Guevara y seguí para mi dormitorio, atravesando el grande. Apenas había llegado a mi cama y estaba destendiéndola para acostarme cuando lanzaron en el dormitorio grande unas pepas de aguacate que rodaron por el suelo haciendo gran ruido y motivando un alboroto de los muchachos.

El padre Malezieux que sintió mis pisadas y que no me fuí a mi dormitorio directamente, supuso que yo había sido el promotor del bochinche, y en dos zancazos subió y sin preguntar nada se me fué encima. A mí, que tenía cobija de lana en la mano, no me quedó

más recurso que capearlo para evitar que me pegara. En ese momento el condiscípulo Francisco Iglesias, que tenía su cama enfrente de la mía, soltó una risotada al ver que estaba capeando al rector. Este se le fue encima a Iglesias y de un tirón lo metió debajo de la cama. En ese momento llegó Ignacio Guevara y le dijo al rector que yo no tenía culpa ninguna. Atravesó los tres dormitorios y en ellos reinaba el más profundo silencio, pues los muchachos al sentir al rector suspendieron el alboroto y se hicieron los dormidos, tapándose la cara con las cobijas.

### Un Sonámbulo

En el dormitorio en que estábamos mis hermanos y yo, había un muchacho que se hacía el sonámbulo y se aparecía tarde de la noche a decirle a mi hermano Jorge, cuya cama quedaba frente a la mía, que esa cama era la de él, y Jorge le entablaba discusión hasta que se aburría y volvía a acostarse en su cama.

Una noche cuando el sonámbulo llegó a pedirle la cama a Jorge, me levanté, cogí una de las almohadas de mi cama y le descargué un formidable almohadazo. Sin decir ni una sola palabra, se dirigió a su cama y se acostó. Desde ese día no volvió a molestar más, lo que me hace suponer que se fingía sonámbulo o que con el remedio que le apliqué quedó curado.

Al día siguiente le conté al rector lo que había hecho y me dijo:

—Hizo muy bien y si vuelve, repita el almohadazo; pero, como dejó dicho, no hubo necesidad.

## Los Coristas

El padre Federico Gamarra que era quien ensayaba y dirigía los cantos del seminario, escogió a seis muchachos de los que tenían mejores voces para que dirigieran el canto y los llamaba coristas.

En el seminario había dos alumnos que tocaban el armonio: José Calderón y Alejandro Monestel. Este último era ya un gran pianista. Después se fué a Europa y en el conservatorio de Bélgica se graduó como organista, y cuando regresó fue nombrado maestro de capilla de la catedral. Su hermano Antonio se ordenó en el colegio Pío Latino Americano de Roma con otros de los que fueron nuestros condiscípulos y hoy es obispo de Alajuela.

El armonio estaba colocado detrás de las bancas que ocupaban los alumnos, y en seguida se acomodaban las personas que iban a oír misa al seminario, porque la capilla era pública y había varias misas.

Los coristas prestábamos el servicio por turno en parejas de dos semanalmente, pero a mí me nombró el padre Gamarra jefe de los coristas. Así es que permanentemente tenía mi puesto al lado del armonio donde se colocaba la pareja que estaba de turno. Los coristas éramos Jacinto Chaves (que después fue sacerdote lazarista), Gerardo Echeverría, Esperidión Valerín (qué nombre tan raro), Manuel Monge, que era mi compañero y N. Cordero.

Cuando se celebraba alguna fiesta como la del rec-